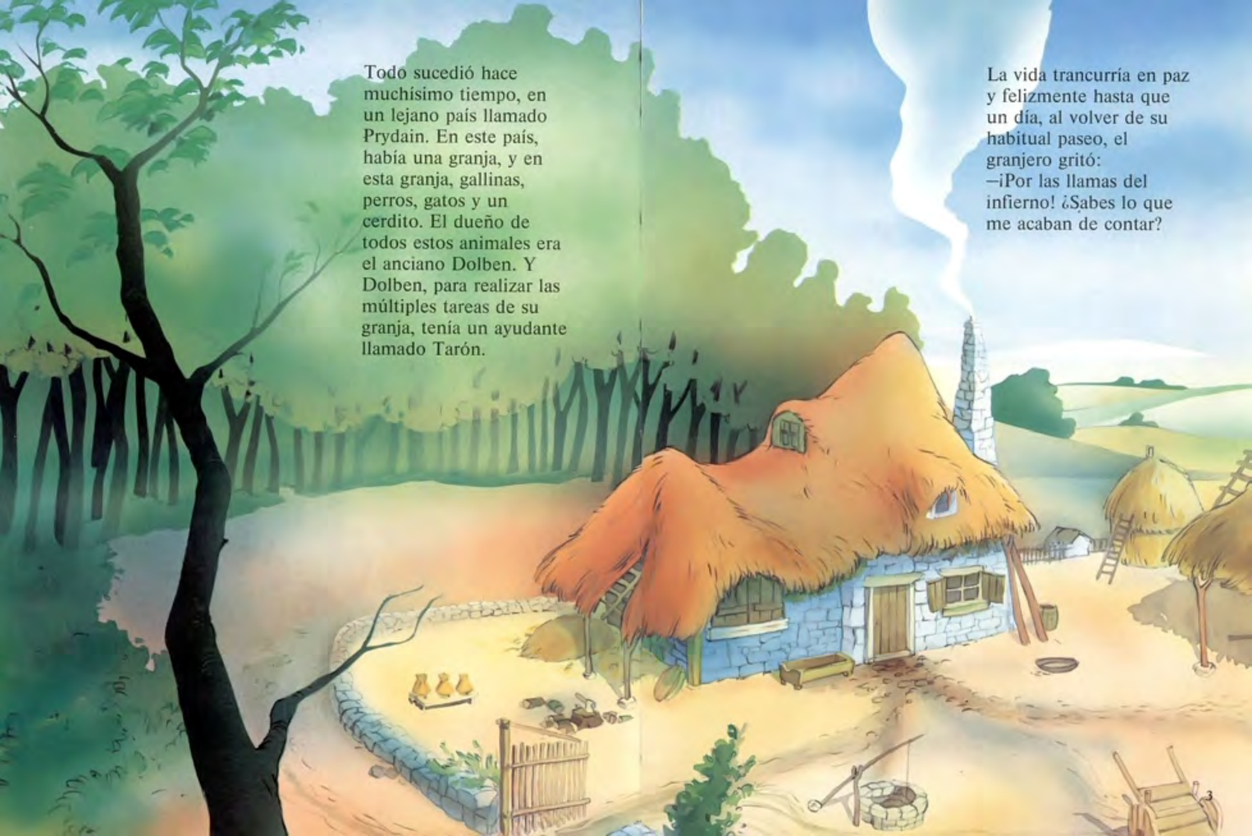
Walt Disney
Tarón y el caldero mágico

WALT DISNEY

Tarón y el caldero mágico

Adaptación: Michel Manière
Traducción: Ángel García Aller

Ediciones Gaviota, s.a.
MADRID — ESPAÑA



Todo sucedió hace muchísimo tiempo, en un lejano país llamado Prydain. En este país, había una granja, y en esta granja, gallinas, perros, gatos y un cerdito. El dueño de todos estos animales era el anciano Dolben. Y Dolben, para realizar las múltiples tareas de su granja, tenía un ayudante llamado Tarón.

La vida trancurría en paz y felizmente hasta que un día, al volver de su habitual paseo, el granjero gritó:
—¡Por las llamas del infierno! ¿Sabes lo que me acaban de contar?

Estas palabras las dirigía Dolben al más viejo de sus gatos, un gordo zapirón que se pasaba el día al lado de la chimenea. Marramiau (tal era su nombre) se limitó a estirarse y a bostezar. Aún así, el granjero continuó:
–Cuando venía por el bosque, me encontré con un peregrino que me ha dicho lo siguiente «¡Un temible señor acaba de declararnos la guerra!».
Y extendiendo un mapa sobre la mesa, señaló un puntito minúsculo al norte del país:
–Su castillo se encuentra aquí. ¡En menos de tres días, puede invadirnos! Hay que hacer algo; si no, estamos perdidos...

Cuando Tarón, el joven criado, se enteró de la noticia, su reacción fue muy otra:
–¡Bendito sea el cielo! –exclamó, saltando de alegría–. ¡Ha llegado la hora de mi gloria!
Y, blandiendo su palo de porquerizo como si de un arma se tratara, gritaba:
–¡En guardia, bribones! ¡Sois unas ratas cobardes!
Los bribones en cuestión no eran sino las gallinas, las ocas, los patos y los pavos... ¡Así era como Tarón se imaginaba ser valiente y famoso caballero, capaz de derrotar por sí solo a todo un ejército!
Pero la voz de su amo interrumpió sus sueños:

–¡Yo no te he contratado para asustar a las gallinas, sino para cuidar de Hen Wen! ¡Si le dieras un buen baño! ¡Está sucísimo!
¡Parece más cerdo de lo que es!
Y es que, en efecto, la verdadera pasión de Hen Wen, el joven y revoltoso cerdito, no era otra cosa que chapotear en el agua sucia, revolcarse en el fango y meter su rosada nariz en todo lo que olía mal...
–¡Que yo, un intrépido e irreprochable caballero –maldecía Tarón– tenga que perder mi precioso tiempo en ocuparme de este granujilla!
Acababa de meter al cerdito en su bañera, cuando éste lanzó unos gruñidos espantosos.

—¡Sácalo inmediatamente de ahí! —gritó el granjero—. Y mételo dentro de la casa. ¿No ves que tiene miedo?

Tarón no dudó en cumplir la orden. Aunque, a decir verdad, nunca había entendido por qué el anciano Dolben sentía tanto respeto y cariño por un vulgar cerdito...

—Hen Wen es mucho más listo que tú y que yo. Si el agua le da miedo, es que en ella se oculta algún peligro... ¡Llena de nuevo la bañera!

El muchacho obedeció, y luego colocó el recipiente en el centro de la sala.

—Y ahora, Hen, dinos lo que ves...

—¡Se ha vuelto loco! —pensó Tarón—. ¡Un cerdito no puede hablar!

Pero Hen Wen no tuvo necesidad de hablar: lo que el cerdito pudiese ver, ya lo estaba viendo él con sus propios ojos...

Tan pronto como el cerdito acercó su hocico al agua, en ella apareció una imagen. Confusa y borrosa en un principio, se fue precisando paulatinamente: se trataba de un caldero negro que se puso a girar, a girar, a girar... y corriendo detrás de él, tratando de atraparlo...

—¡El Rey del Mal! —gritó el granjero—. ¡Ya me lo temía yo!

Una vez desaparecida tan extraña visión, el anciano sacó sus propias conclusiones: era, sin duda, el Rey del Mal quien había declarado la guerra a su país, y todo porque buscaba el famoso Caldero Negro; ¡un caldero mágico capaz de aniquilar en un solo segundo montañas y valles, ríos y bosques, castillos y cabañas... y a todos sus habitantes!
Por lo visto, tan sólo Hen Wen sabía dónde encontrar el caldero. Y era indudable que, si el malvado rey se llegaba a enterar de su poder, trataría de apoderarse por todos los medios del inocente cerdito...
–¡Es hora de actuar, Tarón! –le dijo el anciano–. ¿Estás dispuesto a conducir a Hen Wen al más apartado rincón del bosque, lejos de los soldados del Rey del Mal?
Tarón no lo dudó ni un segundo. Dijo rápidamente adiós a su amo y se puso en marcha.

Ya habían caminado varios kilómetros, cuando Tarón y Hen descubrieron un estanque, y allí se detuvieron para saciar su sed. Pero, nada más comenzar a beber el cerdito, se repitió el milagro de la mañana: ante los ojos atónitos de Tarón, y como en un espejo, apareció un glorioso caballero, revestido de una armadura.

—¡Pero si soy yo! —exclamó el muchacho al reconocer los rasgos de su propio rostro bajo aquel yelmo resplandeciente.

Su alegría era incontenible: corría, saltaba, daba volteretas por el aire gritando a los cuatro vientos:

—¡Seré un glorioso caballero! ¡Lo ha dicho Hen Wen!

—¡Hen! ¿Dónde te has metido?
Al volver a la realidad, Tarón advirtió que su valioso amigo había desaparecido. Ayer mismo, se había burlado de él: Hen Wen no era entonces más que un simple cerdo, como tantos otros; pero hoy, en cambio... ¡había que encontrarlo a cualquier precio!
—¡Hen! ¡Hen! ¡Vuelve, por favor!
Tarón se desgañitaba en vano: ¡ni la menor respuesta, ni el menor rastro del cerdito ni de su cola de tirabuzón!

Tenía que partir inmediatamente en su busca. Pero antes, tratando de recobrar fuerzas, decidió comer algo. De las provisiones que el granjero le había preparado para tan largo camino, tomó una manzana, roja y apetitosa. Pero, ¡ay!, cuando ya había abierto la boca para darle el primer mordisco, un «cosa» punzante, aulladora y gesticulante se abatió sobre su espalda. Dada la violencia del choque, la manzana se le escapó. Inmediatamente, aquella «cosa» se lanzó a tierra para atraparla...

La «cosa» era la más extraña criatura que jamás había visto el muchacho: por su pequeña talla, se diría que era muy joven; pero sus largos y poblados bigotes le daban el aspecto de un abuelo; por otra parte, su voz era aguda como la de un niño, y en cambio hablaba como una persona mayor al hacer su presentación:

–Señor, ha de saber que me llamo Gurki y que estoy aquí para servirle a usted y a quien haga falta.

–Encantado de conocerte –le respondió Tarón, aún sin salir de su asombro–, pero... ¡devuélveme mi manzana!

–¡De eso nada! Ha de saber asimismo que soy manzanívoro: ¡adoro las manzanas! ¡Sobre todo éstas, tan maduritas!

Gurki ya se relamía los bigotes de gusto, cuando unos gritos sobresaltaron a Tarón...

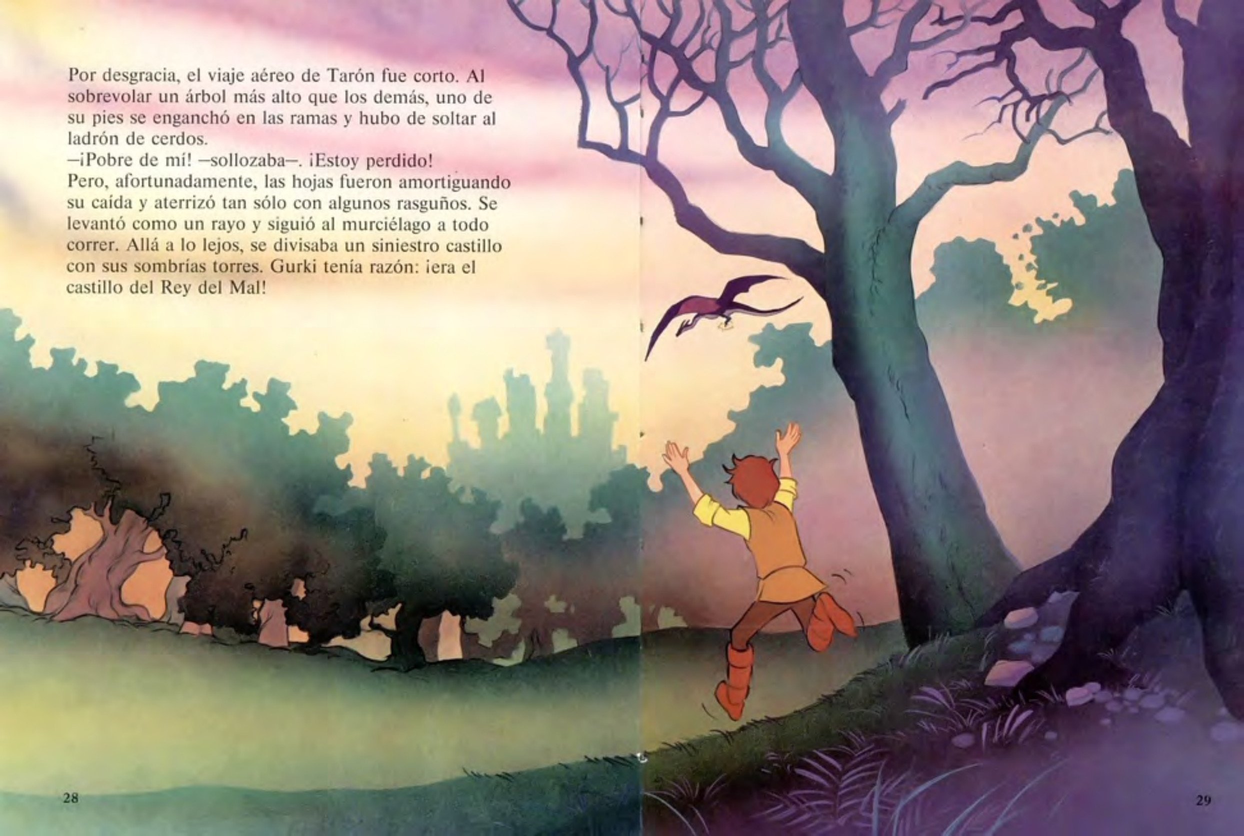
–¡Es Hen! –gritó el muchacho–. ¡Reconozco su voz!
Y, en efecto, al salir corriendo de los matorrales, descubrió a su querido cerdito. ¡Pero en qué situación! Con toda la velocidad de sus minúculas patas, el pobrecito intentaba escapar de las gigantescas garras de un monstruo volador.
–¡Deténgase, señor, deténgase! –gritaba Gurki–. ¡Son los murciélagos de la Desgracia, los esbirros del Diablo! ¡Deténgase!
Pero Tarón sólo oía la voz de su corazón...

En el mismo instante en que el monstruo remontaba el vuelo con el cerdito entre sus garras, Tarón se agarró fuertemente a su cola.
–¡Dios mío, qué forzudo es este monstruo! –gimió al ver cómo también él era arrastrado.
Gurki se desgañitaba gritando:
–¡Suéltese, señor, suéltese! ¡Nadie ha podido regresar jamás del Reino del Mal!
¡El Reino del Mal! Al oír estas palabras, Tarón se aferró aún más a su cola: ¡si Hen Wen caía en manos de aquel perverso rey, Prydain sería destruido! Pero pronto sintió que sus pies despegaban del suelo y era llevado, irremisiblemente, por los aires.

Por desgracia, el viaje aéreo de Tarón fue corto. Al sobrevolar un árbol más alto que los demás, uno de su pies se enganchó en las ramas y hubo de soltar al ladrón de cerdos.

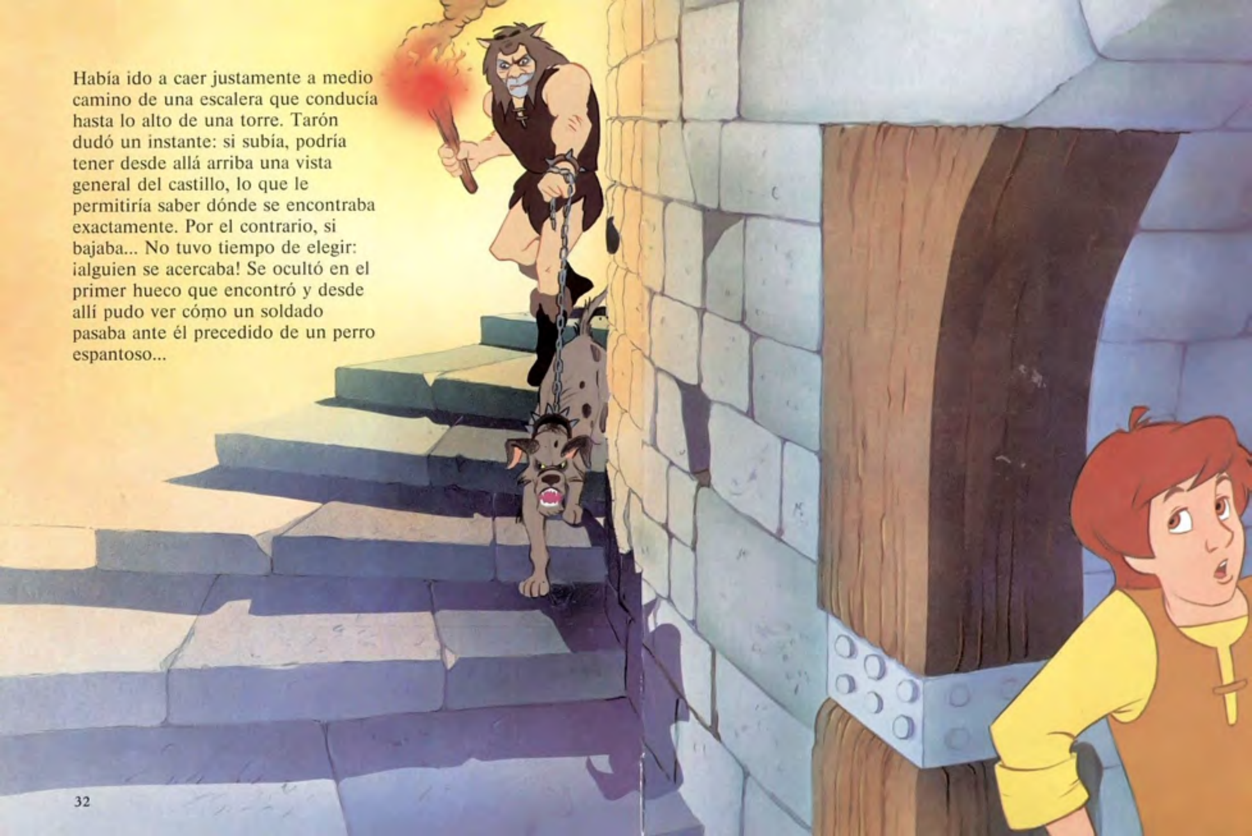
–¡Pobre de mí! –sollozaba–. ¡Estoy perdido!

Pero, afortunadamente, las hojas fueron amortiguando su caída y aterrizó tan sólo con algunos rasguños. Se levantó como un rayo y siguió al murciélago a todo correr. Allá a lo lejos, se divisaba un siniestro castillo con sus sombrías torres. Gurki tenía razón: ¡era el castillo del Rey del Mal!



Desgraciadamente, y a pesar de que había corrido hasta el límite de sus fuerzas, cuando Tarón se plantó ante las murallas del castillo, el murciélago gigante ya hacía un buen rato que había llegado batiendo sus grandes alas. Para él, que tan sólo contaba con sus pies y sus manos, la tarea era bastante más difícil.
Por fortuna, pronto reparó en una muralla mucho más antigua que las demás y recubierta por una frondosa vegetación que, con el paso de los años, había ido echando fuertes raíces. Agarrándose a ellas con todas sus fuerzas, comenzó la ascensión. «Lo que no debo hacer es mirar para abajo», se repetía a sí mismo por temor al vértigo. Para darse ánimos, pensaba en lo contento que se pondría el pobre Hen cuando por fin se encontrasen... ¡y más aún en la gloria, en la inmensa gloria del famoso caballero que sin duda sería tras realizar una hazaña semejante!
Por fin, llegó hasta un ventanuco iluminado: nadie a la vista. Y de un salto, se introdujo en el interior.

Había ido a caer justamente a medio camino de una escalera que conducía hasta lo alto de una torre. Tarón dudó un instante: si subía, podría tener desde allá arriba una vista general del castillo, lo que le permitiría saber dónde se encontraba exactamente. Por el contrario, si bajaba... No tuvo tiempo de elegir: ¡alguien se acercaba! Se ocultó en el primer hueco que encontró y desde allí pudo ver cómo un soldado pasaba ante él precedido de un perro espantoso...



Cuando el soldado desapareció, Tarón salió de su escondite. Le siguió a distancia, en medio de la oscuridad y orientándose por el ruido de sus pasos, que resonaban por toda la escalera. Pero, de repente, se detuvo en seco: oía unas groseras carcajadas, unos gritos horribles, unas palabras increíbles... El soldado, sin duda, acababa de abrir la puerta de una sala común. Y así era, pues ésta se cerró poco después con un ruido atronador.

Tres minutos más tarde, Tarón hacía su entrada en la sala. Pero no por la puerta, como todo el mundo... ¡Mirad por dónde asoma! ¿A quién, de todos estos patanes borrachos, se le iba a ocurrir que entrara por allí?

—¡Festejemos la victoria antes de haber comenzado la batalla! —vociferaba uno de ellos, elevando su copa.

—¡Festejad, festejad, pero no venceréis! —murmuró Tarón.

De pronto, un violento golpe de viento estremeció la sala. Las antorchas comenzaron a parpadear y finalmente se apagaron. Sin embargo, la sala no se oscureció totalmente, pues la luz de las pequeñas llamas había sido reemplazada por otra, verdosa, lúgubre y tétrica, que provenía de la puerta que acababa de abrirse. La sangre de Tarón se paralizó. Aquellos soldados ya no parecían tan valientes, ni por supuesto tan alegres: ni una risa, ni una palabra, ni un gesto. ¡Silencio sepulcral! El Rey del Mal acababa de hacer acto de presencia.

—¡Soldados! —gritó con su voz de ultratumba—. ¡Todos a las armas! ¡Ha llegado la hora de la verdad! ¡Muy pronto sabremos dónde se esconde el Caldero Mágico!

¡Ni un segundo que perder!
Saltando de viga en viga,
de sala en sala, Tarón encontró
por fin a Hen Wen. El pobre
cerdito estaba en poder
de un enano contrahecho que
pretendía, con sus horribles
amenazas, averiguar dónde se
encontraba el caldero...
Pero, de repente, volvió
a resonar la voz de ultratumba.
Tarón quedó tan sorprendido...

... que perdió el equilibrio y cayó. Al reconocerlo, Hen Wen comenzó a saltar de alegría, pero la monstruosa Voz retumbó de nuevo:
–¡Si no quiere hablar cortadle el cuello, a menos que este muchacho hable por él!
Tarón levantó los ojos del suelo: era a él a quien se dirigía aquel horripilante señor. Tuvo que servirse de toda su valentía de «futuro caballero» para responder:
–Yo no sé nada, pero si Su Majestad tuviera a bien traer un poco de agua...
Y, diez segundos más tarde, el cerdito visionario renovaba el prodigio...

–¡Acercaros, Majestad! –dijo entonces Tarón con una voz insinuante–. El secreto está en esta cubeta.

El Rey del Mal se acercó inmediatamente, ansioso por descubrirlo.

–¡Más cerca, Majestad, más cerca! –susurró el chico.

Y su Majestad se inclinó para verlo mejor. Entonces, de una patada a la cubeta, Tarón hizo saltar el agua sobre su horrible cara. El monstruo se retorcía de dolor y daba unos gritos espantosos...

–¡Estaba seguro de ello! –exclamó el muchacho, triunfante–. ¡El agua de la Verdad es insoportable para quien sólo conoce la mentira y el pecado!

—Excúsame, Hen —dijo Tarón—, pero mis piernas corren más deprisa que tus patas...
Dicho esto, y tomando el cerdito en sus brazos, trataba de sacarlo a toda carrera del castillo. Todo un ejército de soldados venía tras ellos pisándoles los talones, gritando a coro y blandiendo sus armas:
—¡Detenedlos! ¡Detenedlos! ¡Si escapan, nos ahorcarán a todos! ¡Detenedlos!
Tarón corría sin saber adónde... y se precipitó hacia la primera salida que encontró. Mala suerte: era una escalera. ¡Pero qué manera de correr! ¡Subía los escalones de cuatro en cuatro!

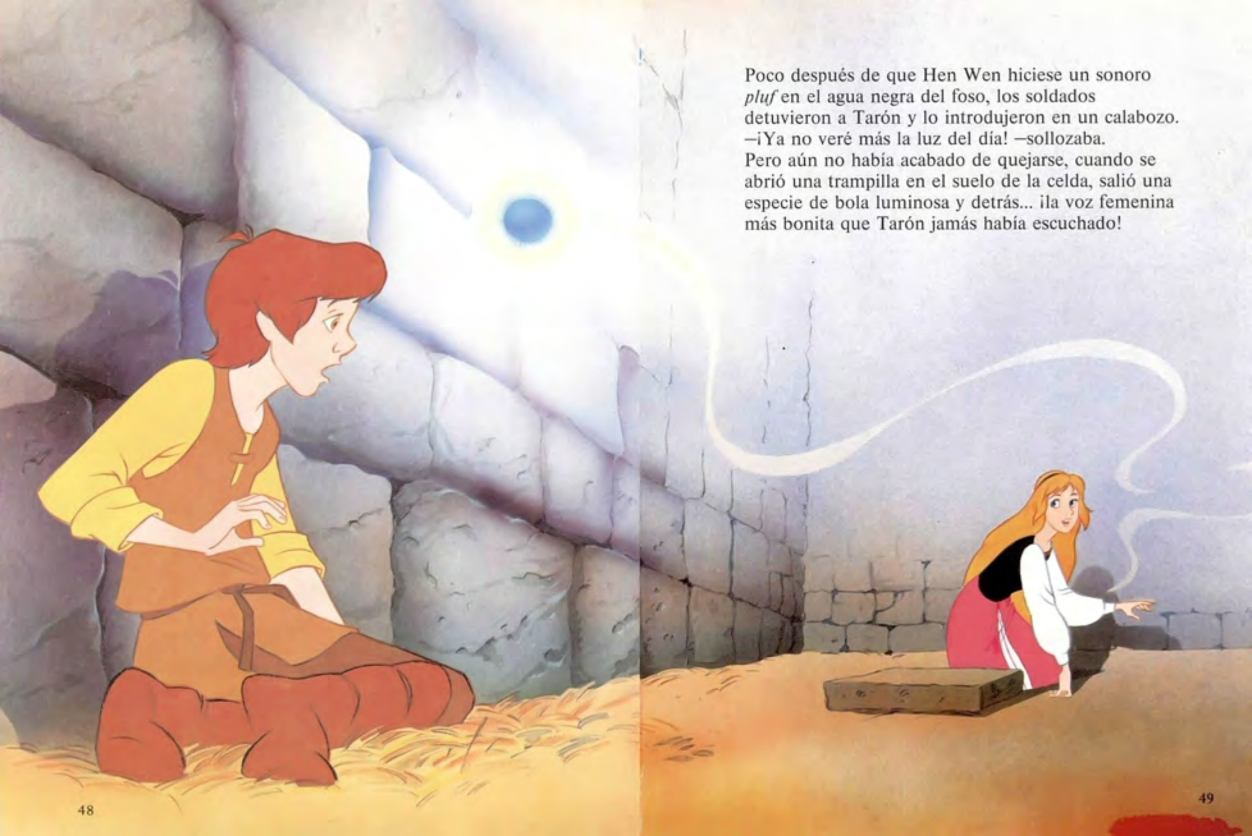
Desembocó en pleno cielo, en lo más alto de una torre.

—¡Los hemos dejado atrás! —resopló Tarón. Pero, en ese mismo momento, ¡ay!, sintió unos mordiscos en una de sus pantorrillas:

—*¡Ñam, ñam, ñam!*

No era un perro, como en un principio creyó, sino el enano contrahecho, más veloz que los soldados.

—¡Perdón, Hen! ¡No me queda más remedio! —dijo Tarón, arrojando al infeliz cerdito por encima de la muralla.



Poco después de que Hen Wen hiciese un sonoro *pluf* en el agua negra del foso, los soldados detuvieron a Tarón y lo introdujeron en un calabozo.
–¡Ya no veré más la luz del día! –sollozaba.
Pero aún no había acabado de quejarse, cuando se abrió una trampilla en el suelo de la celda, salió una especie de bola luminosa y detrás... ¡la voz femenina más bonita que Tarón jamás había escuchado!

—Soy la princesa Elena —dijo la jovencita que allí acababa de aparecer—. El Rey del Mal quiere que me case con él, y como yo no quiero, me tiene aquí encerrada.
Tarón se compadeció de la suerte de la muchacha, y luego le contó también sus desgracias.
—¡Tenemos que huir de aquí! —concluyó Elena.

—¡Huir! ¡Huir! ¿Pero cómo? —se preguntaba Tarón.
—¡Pues con la ayuda de mi buena estrella! —le respondió Elena—. ¡Mira!
Y señaló la pequeña bola luminosa que iba de un lado para otro.
—¡Sigámosla!
Elena se deslizó por la trampilla, y Tarón detrás de ella.
—Hay que confiar en ella —añadió la princesa—. ¡Jamás me ha traicionado!

Siguiendo a la estrellita mágica a través de sótanos y pasadizos, llegaron a un siniestro lugar en el que el menor murmullo resonaba como un grito.
—¡Es la Sala de los Muertos! —se estremeció Elena—. ¡Vámonos de aquí!
Pero Tarón acababa de ver algo que brillaba en la oscuridad. Era una soberbia espada, empuñada por un caballero de piedra. Tarón la tomó entre sus manos y exclamó admirado:
—Parece de oro... ¡Seguro que este caballero era un gran guerrero!
—¿Oyes? —le preguntó de pronto la princesa—. ¡Parecen llamadas de socorro!
Unos instantes después, descubrieron que no eran los únicos prisioneros del castillo...

En un sombrío rincón, un anciano gemía colgado de su cadenas. Tarón lo liberó inmediatamente.
–¡Mil gracias, joven doncel –dijo entonces el anciano con su florido y anticuado lenguaje–, y todos mis respetos de humilde trovador para esta casta doncella!
Tenía, de trovador, no solamente el lenguaje, sino también una vieja arpa para acompañar sus canciones...
De repente, el ruido de unos pasos precipitados puso a los tres en sobresalto.

¡Una horrosa bestia avanzaba hacia él con sus dos metros cincuenta de estatura y sus doscientos kilos de peso!
–¡Ponte a temblar, renacuajo! –gruñó el gigante, blandiendo un hacha enorme.
–¡Estoy perdido! –pensó Tarón. Pero, dispuesto a morir como un valiente, no dudó en levantar su espada para contrarrestar el ataque del monstruo.

Y esa fue su salvación... pues, en el mismo momento en que el gigante dio el primer golpe, la espada lanzó un fulgurante destello y el hacha voló en mil pedazos.
Tarón ni se lo creía:
–¡Milagro! ¡Mi espada es mágica! ¡Mi espada es mágica!

Esto no pareció impresionar a los demás soldados que se lanzaban contra Tarón, seguros de su fuerza. La princesa Elena no pudo menos que gritar:
–¡Cuidado, Tarón! ¡Tal vez no se repita el milagro!
Pero el muchacho, muy seguro de sí mismo, ni siquiera le prestó oídos: hizo frente a sus numerosos perseguidores, levantó la espada y comenzó a voltearla por encima de sus cabezas...
¡Qué espectáculo! ¡Cada vez que su espada encantada chocaba con una espada o hacha enemigas, éstas explosionaban como una bomba y el soldado caía patas arriba, fulminado!

Una vez que se deshizo de todos sus contrincantes, Tarón indicó a sus amigos que le siguieran. Saltando por encima de los cuerpos de los soldados, llegaron a una escalera que los condujo hasta el patio del castillo.

–¡Todos al puente levadizo! –ordenó Tarón.

Y hacia allí se precipitaron a toda carrera. *¡Uff!* ¡Un segundo más en hacer caer la compuerta enrejada que defendía la fortaleza, y hubieran sido devorados por los perros hambrientos que venían pisándoles los talones!

¡Qué dulce es respirar el aire de la libertad! El más contento de los tres era, sin duda, el trovador: hacía tantos años que no veía la luz del día que, con sólo mirar el sol, recobró inmediatamente toda la inspiración de su juventud. Y tañendo el arpa, comenzó a cantar las hazañas del valiente caballero Tarón...

–¿Qué os parece, princesa? –preguntó orgullosamente el muchacho tan pronto como el trovador acabó su canción.

–¡Oh, perdonad! ¡No estaba escuchando! –mintió ella para hacerle rabiar un poco.

—En cambio —continuó Elena—, he percibido un olor muy raro por aquí...
Y señaló un árbol que había a sus espaldas. Tarón no dudó en acercar su nariz:
—¡Ciertamente, no huele nada bien! —reconoció—. Pero este olor me resulta conocido...
Apenas había dicho esto, cuando se oyó un crujido: un animal caía, ramas abajo, hasta el pie del árbol.
—¡Gurki! —exclamó el muchacho.
—¡Para servirle, señor... y, si es necesario —añadió con una gran sonrisa—, para ayudarle a encontrar al cerdito!

En un principio, todos pensaron que Gurki hablaba por hablar: ¿Cómo un animal tan pequeño iba a poder ayudarles? No obstante, cuando le hizo ver una abertura en una peña y unas huellas misteriosas a través de la hierba, Tarón le siguió, intrigado.
–Esperadnos aquí –aconsejó a sus amigos.
Pero, dos minutos más tarde, los llamaba desde el fondo de la gruta. Al entrar, el trovador y la princesa no pudieron menos que lanzar un grito de admiración: ¡ante sus ojos se extendía un gran lago subterráneo!
–¡Y esto no es todo! –dijo Gurki–. Como veis, Hen Wen ha dejado sus huellas en la arena...

Cuando Tarón comprobó que lo que Gurki decía era cierto, exclamó con tristeza:
—Sin duda, Hen Wen se dejó atraer por el agua. ¡Querría verla de cerca, cayó y... se ahogó!
—¡Lo mejor será comprobarlo sobre el propio terreno! —sentenció Gurki.
Y, si pensárselo dos veces, se lanzó al lago. Al tratar de reternerlo, Tarón cayó también, y detrás de él la princesa y el trovador. Un irresistible torbellino los arrastró a los cuatro...

Una vez en el agua, y aun sabiendo tan cercana la muerte, ¿cómo abrir la boca para rezar una última oración y pedir un último deseo? Eso era lo que se preguntaba el trovador mientras aquel infernal torbellino lo tragaba, lo tragaba... Los pensamientos de Tarón, Gurki y Elena no eran más alegres. Pero, de repente...

¡Flop! Se oyó así como el ruido de una botella que se descorcha, y nuestros héroes salieron del agua tal y como habían entrado... ¡pero por el otro lado! Elena, entonces, gritó:

—¡Mi estrella!

Y ésta apareció, más luminosa y radiante que nunca.

—¡Tu estrella ha tenido hijitos! —exclamaron sus amigos al ver a su alrededor una lluvia de pequeños destellos...

Pero no, los «destellos» no eran los hijitos de la estrella de Elena. Éstos comenzaron a agrandarse, a agrandarse, a agrandarse... Y al ver que les salían alas, Tarón creyó que estaba soñando.

–En absoluto! –le explicó Gurki–. Estamos en el maravilloso País de los Elfos... Y ahí está su rey.

Un elfo, en efecto, de más edad que los demás y magníficamente vestido, apareció ante ellos con su barba blanca, sus largos bigotes y su redondo vientre (todo lo cual no le impedía flotar por los aires como cualquiera de sus jóvenes súbditos).

–¡Alto a los espías del Rey del Mal! –gritó.

–Yo no soy un espía –le dijo Tarón–, sino un gentil muchacho en busca de un cerdito.

Estas simples palabras bastaron para tranquilizar al rey de los elfos.

–¿Un cerdito? ¿Eres tú acaso el dueño de Hen Wen?
El muchacho asintió con la cabeza.
–¡Pues ya puedes estar orgulloso! ¡Es un cerdo muy educado, te lo aseguro! Id a buscarlo.
Unos instantes después, Hen Wen estaba allí. Su reencuentro con Tarón fue tan conmovedor, que hasta el rey se echó a llorar. Y lloró tanto... ¡que sus lágrimas formaron un estanque! Hen Wen se acercó para mirarlo e inmediatamente se dibujó un país en el agua.
–Es el País de Morva –explicó el rey.
Y así fue como Tarón supo que el caldero mágico se escondía allí.

—¿Cómo podemos ir al País de Morva? —preguntó Tarón.
—¿Y qué será del cerdito? —se inquietó Elena.
—Hen Wen se quedará con nosotros —le respondió el rey—. Nos encargaremos de conducirlo a su país cuando el caldero haya sido destruido.
Y luego, volviéndose hacia el muchacho, le dijo:
—Para ir a Morva, utilizad nuestro ascensor.
Tarón abrió unos ojos como platos:
—¿Un ascensor, esta planta verde?
—Doli os lo explicará... —añadió el rey.
Doli era un elfo minúsculo, con cara de pillo. Saltó inmediatamente sobre una de las grandes hojas de la planta en cuestión e hizo una leve indicación a sus amigos para que le siguieran. Tan pronto como se subieron todos, la planta comenzó a crecer, a crecer, a crecer..., superó el techo de aquel cielo líquido y los depositó en la misma entrada de la gruta.

—Por aquí —dijo Doli indicando una oscura galería que nuestros amigos no habían visto antes.

Todos le siguieron sin rechistar. El elfo luminoso y la estrella de Elena iluminaban el camino rivalizando en destellos. Cuando llegaron al aire libre, el sol se encargó de reconciliarlos, haciendo innecesarios ya a ambos.

—Aquí es —dijo Doli señalando, en medio de unos pantanos, una siniestra cabaña rodeada de sapos.

—Es la casa de las tres brujas —añadió— y estos sapos fueron en otro tiempo soldados. Por venganza, o simplemente para divertirse, las brujas suelen transformar a las personas que encuentran en horribles bichos...

A pesar de tan inquietantes palabras, los tres amigos se atrevieron a llamar a la puerta de la cabaña. Desde el interior se oyeron tres agudísimas voces que preguntaban a coro:

–¿Se puede saber quiénes sois... eh? ¿Se puede saber qué queréis... eh?

–Somos vuestros amigos. Y lo que queremos es alguna información acerca... del caldero...

Tarón no pudo terminar la frase: la puerta se abrió de golpe y aparecieron tres arpías feas como víboras.

–¡El caldero! ¿Qué caldero?

Y, riendo a mandíbula batiente, hicieron aparecer todo un batallón de calderos...

Tarón iba a abrir la boca para protestar, cuando vio que la más gorda de las tres brujas, la más coqueta y escotada, se abalanzaba sobre el trovador gritando:

—¡Qué regalo del cielo! ¡Un trovador de los de verdad! ¡Y qué magnífica arpa! ¡Qué precioso sombrero, con pluma y todo! ¡Esto merece un besito! ¡O dos!

Y dicho esto, le estampó dos sonoros besos en ambas orejas...

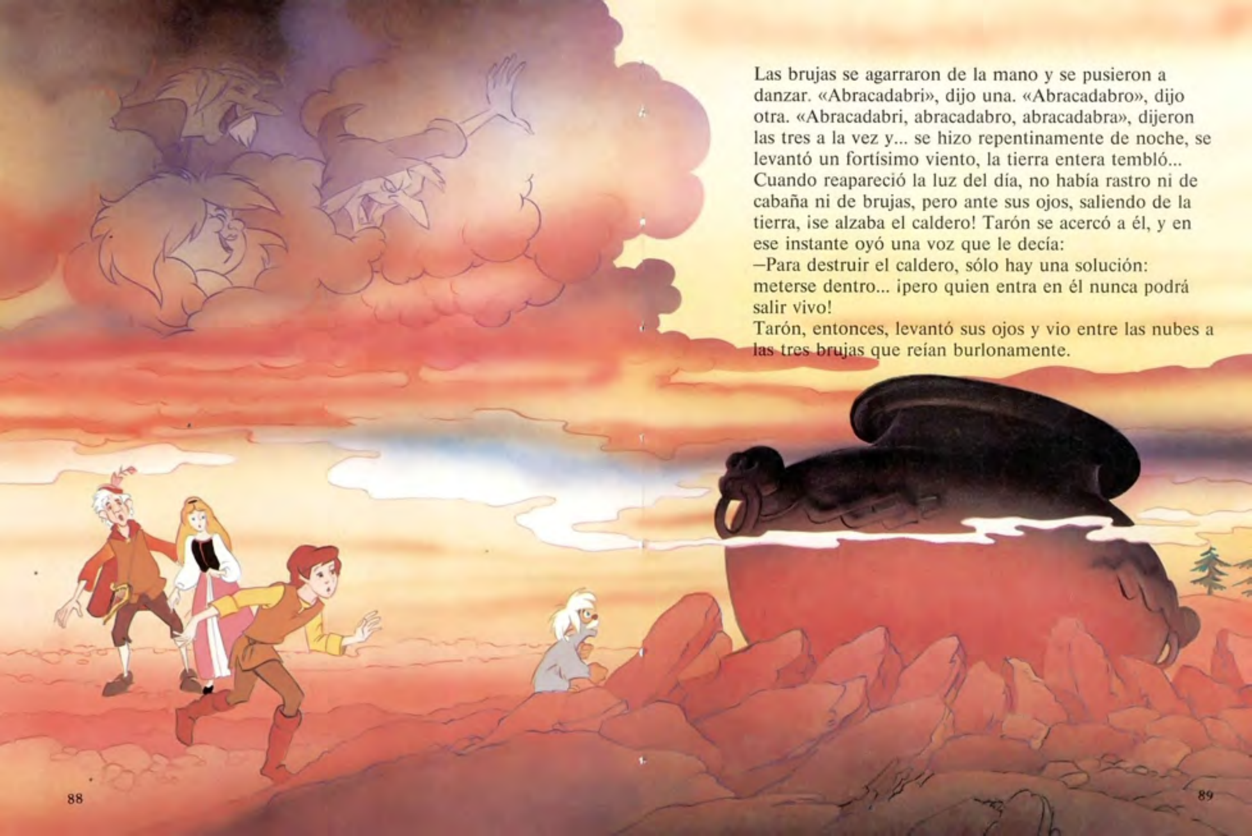
Pero sus compañeras contemplaban la escena con ojos furiosos y, celosas como estaban, pronunciaron estas fatídicas palabras:

Por Belcebú, Lucifer y Satán,
que este feliz trovador,
romántico y hasta guapo,
deje de ser seductor
para convertirse en sapo.

–¡No! ¡¡Qué horror!! –exclamó la bruja enamorada al ver a su apuesto trovador transformado en un horrible sapo.

–¡Devolved inmediatamente a mi amigo a su estado natural! –gritó entonces Tarón.
Y, desenvainando su espada, deshizo en mil pedazos todos los calderos. Asustadas, las brujas obedecieron, y el anciano trovador recobró su forma humana.
–Y ahora –añadió Tarón en el mismo tono amenazador–, decidnos dónde se esconde el caldero mágico.

–¿Y qué nos daréis a cambio? –preguntaron ellas.
El trovador ofreció su arpa: ¡Nanay!, dijeron las brujas. Elena, su estrella: ¡Nanay! ¡Nanay! Gurki, la apetitosa manzana que estaba a punto de comerse: ¡Nanay! ¡Nanay! ¡Nanay! Entonces, Tarón ofreció su espada...
–¡De acuerdo! –aceptaron inmediatamente las brujas.



Las brujas se agarraron de la mano y se pusieron a danzar. «Abracadabri», dijo una. «Abracadabro», dijo otra. «Abracadabri, abracadabro, abracadabra», dijeron las tres a la vez y... se hizo repentinamente de noche, se levantó un fortísimo viento, la tierra entera tembló... Cuando reapareció la luz del día, no había rastro ni de cabaña ni de brujas, pero ante sus ojos, saliendo de la tierra, ¡se alzaba el caldero! Tarón se acercó a él, y en ese instante oyó una voz que le decía:

–Para destruir el caldero, sólo hay una solución: meterse dentro... ¡pero quien entra en él nunca podrá salir vivo!

Tarón, entonces, levantó sus ojos y vio entre las nubes a las tres brujas que reían burlonamente.

Tan pronto como desaparecieron las brujas, Tarón descubrió ante él todo un ejército de soldados.
—¡En nombre del Rey del Mal, daos preso! —bramó uno de ellos. Luego, una voz muy aguda, añadió:
—Cuando uno se llama Bicho, para encontrar un caldero no tiene necesidad de un cerdito: basta con un poco de olfato. *¡Ji, ji, ji!*
Todos reconocieron por la voz que se trataba de aquel enano contrahecho y jorobado. Más aún cuando gritó:
—¡Detenedlos! ¡Amordazadlos! ¡Llevadlos al castillo!
Sólo uno de nuestros amigos no fue apresado; era demasiado pequeño y nadie lo vio: ¡Gurki!

¡Qué imagen tan triste y conmovedora! Tarón, Elena y el anciano trovador colgados por las manos, y ante ellos el Rey del Mal, ¡único amo y señor del caldero!, gritando:
—¡Por las llamas del infierno, por la sangre que se hiela, por el hierro que mata, por el gigante maldito, por el enano canijo, por las serpientes de cascabel, los pájaros de mal agüero y las ratas espantosas! ¡¡Por todos los jorobados, patizambos y patituertos!! ¡¡¡Por la dentadura postiza de mi abuela, caldero mágico, sal del fondo de la tierra!!!
Y el caldero se hinchó, rechinó, bramó... ¡y salió!

Y con él, un humo espeso y fétido que parecía ahogar a nuestros amigos. Por el contrario, bajo su efecto mágico, los esqueletos apiñados en los sótanos del castillo fueron cobrando vida uno tras otro...
Así se cumplía la voluntad del terrible rey: ¡resucitando a sus amigos muertos, el caldero le proporcionaba un ejército inmortal!

Tarón se acordó entonces de las palabras del buen granjero Dolben: «Hay que evitar por todos los medios que el caldero caiga en poder de ese bandido. De lo contrario, estamos perdidos».
Todo estaba, en efecto, perdido. Y el muchacho bastante hacía con valerse de su orgullo de caballero para contener las lágrimas... A su lado, Elena sollozaba. Pero, de pronto:
–¡Siento un olor muy raro! –murmuró ella frunciendo las narices.

¡Aquel olor tan raro era, naturalmente, el de Gurki! En cuestión de segundos, liberó a sus tres amigos.
–¡Rápido, al caldero! –gritó Tarón sin vacilar–. La única solución, aun a costa de mi propia vida, es introducirse dentro...
Pero, cuando ya estaba a punto de saltar, Gurki se le adelantó:
–¡No, Gurki, tú no! ¡No hagas eso! ¡Detente, te lo suplico!
Demasiado tarde: ¡el pequeño animal ya se había lanzado al vacío!
Tarón y sus amigos lloraban desesperados.

Sólo una cosa podría consolar a los amigos de Gurki: si las brujas no habían mentido, el sacrificio del pequeño animal no habría sido en vano.
En efecto, el caldero perdió de repente su poder y los esqueletos reanimados quedaron instantáneamente pulverizados.
—¡Maldición! —bramó el Rey del Mal.
Entonces, el caldero comenzó a engullir todo lo que estaba a su alrededor, empezando por él mismo...

Tras haberse tragado al horrible rey, el caldero pareció redoblar su furor. ¡Rugía como un volcán, vomitaba lava, escupía en todas las direcciones antorchas inflamadas!

–¡Larguémonos de aquí! –gritó Tarón, arrastrando a sus amigos hacia el foso.

Acababan justamente de saltar a una barca, cuando se desató el fuego en el castillo.

–¡Por fin! –suspiró Elena.

–¡Mirad! –gritó el trovador.

Torres y murallas, atalayas y torreones, ¡todo se vino abajo repentinamente como un juguete de cartón!

Cuando nuestros amigos llegaron a la otra orilla, unos gritos les hicieron levantar la cabeza: ¡eran las tres brujas!

—¿Qué dicen? —preguntaba la primera.

—¿Qué dicen? —repetía la segunda.

—¡Nos dicen gracias! —pregonó la tercera.

—¡Gracias por el caldero! —exclamaron las tres a coro—. Y ahora... ¡¡¡devolvédnoslo!!!

—¿Devolverlo? —se indignó Tarón—. ¿Y Gurki, qué?... Además, ya os di mi espada.

—¡Aquí tienes tu espada! —le dijeron las tres a una.

Pero Tarón no quería precisamente su espada. Lo que quería, a cambio del caldero, era a Gurki.
Las bujas reían a carcajadas:
—¡Tu Gurki está muerto! ¡No lo volverás a ver!
—¿Cómo? —exclamó entonces el trovador—. ¡Yo creía que las brujas erais más poderosas que la muerte, pero ya veo que no valéis para nada! ¡Sinceramente, me habéis decepcionado!
¿Que no valían para nada? ¡Las brujas casi revientan de rabia! E inmediatamente demostraron lo contrario: en medio de un ruido ensordecedor, el caldero echó a volar... ¡y en su lugar apareció el cuerpo yacente de Gurki!

—¡Está muerto! —gritó Tarón corriendo hacia él.
—¿Quién dijo eso? —le replicó una voz muy aguda.
Tarón y sus amigos se quedaron de piedra: ¡era Gurki el que hablaba!
Se restregaba los ojos y bostezaba como si acabase de salir de un largo sueño.
—¿Quién dijo que yo estaba muerto? —repitió.
—¡Nadie! ¡Nadie! —exclamó Tarón, loco de alegría.

Y tomó al pequeño animal en brazos.
—¿Y el Rey del Mal? —se acordó de pronto Gurki.
—Bueno... digamos que ha regresado para siempre a su país —le explicó Elena.
—¿Su país? Estará muy lejos de aquí, me imagino...
—Pues sí, muy lejos —aclaró el trovador—, y se llama... ¡el Infierno!

Hacía ya varios días que Hen Wen había vuelto junto al granjero Dolben. Pero estaba muy preocupado ante la tardanza de sus amigos, por lo que pidió que le llenaran la cubeta de agua. Acercó su nariz y al fin pudo tranquilizarse: sus amigos, sanos y salvos, ya habían emprendido el camino de regreso. El trovador en concreto, venía cantando:

De todos los caballeros
del pasado y de hoy
el más valiente y apuesto
es nuestro amigo Tarón.

Tras librar a su país
del horrible Rey del Mal,
¡se casará con Elena,
La princesita ideal!

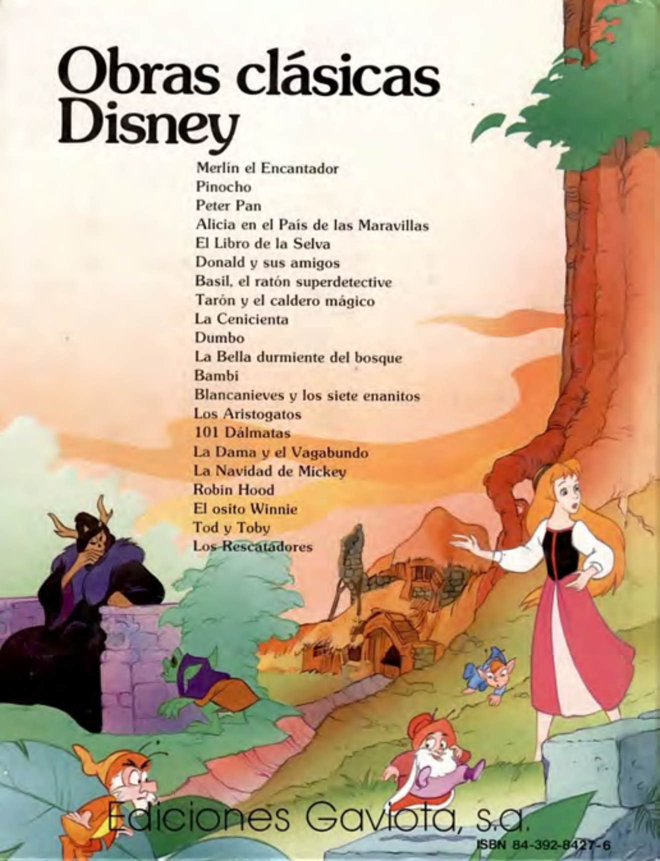
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© 1986 The Walt Disney Company
Ediciones Gaviota, S.A. - Madrid
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-8427-6

Depósito legal: LE. 1049 – 1987
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas S.A.
LEÓN (España)

Obras clásicas Disney

Merlín el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores



Ediciones Gaviota, s.a.
ISBN 84-392-8427-6